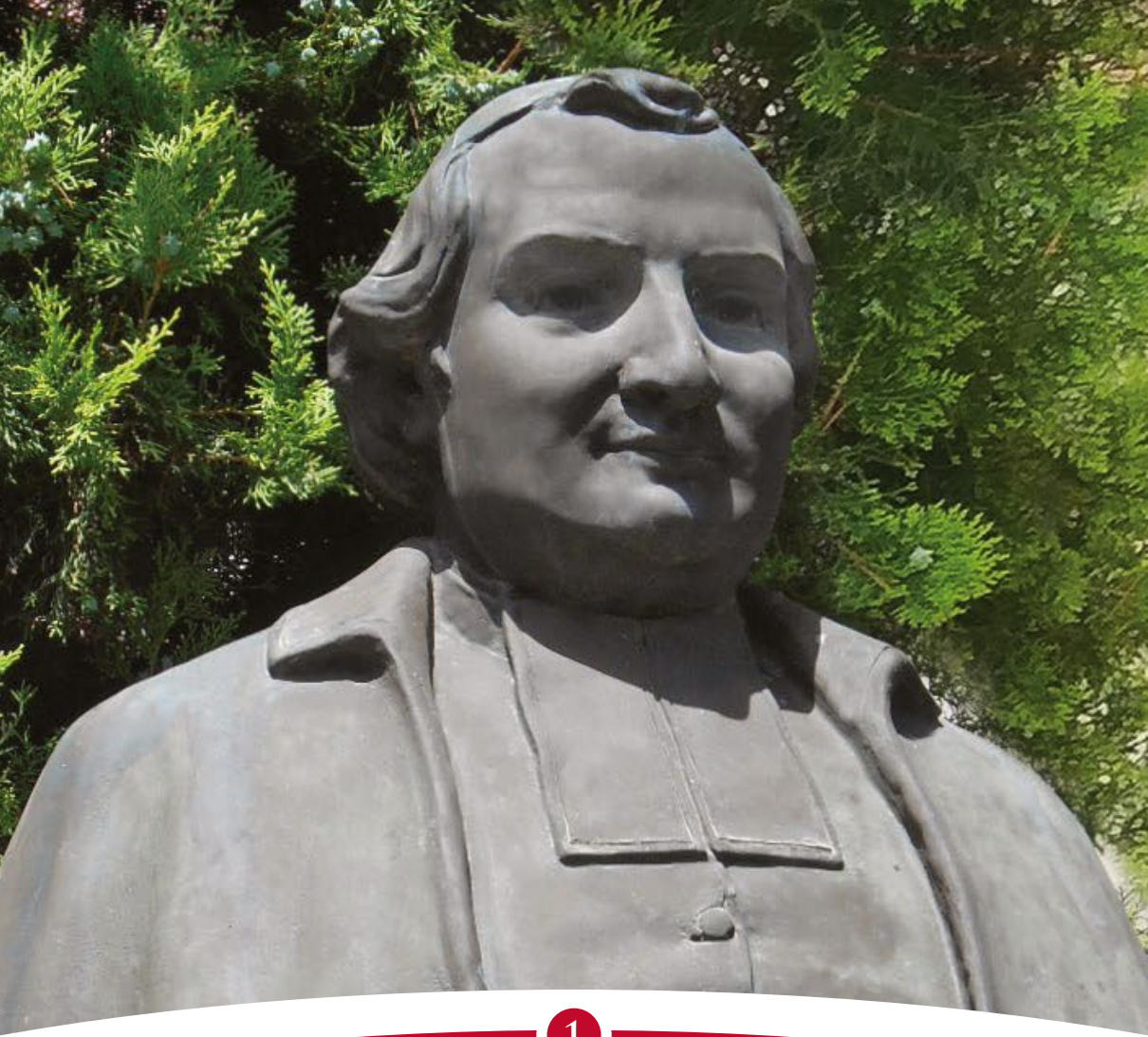




1

EL PADRE ANDRÉS COINDRE,

FUNDADOR DE LOS HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN





HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CUADERNOS DE PREPARACIÓN
PARA EL BICENTENARIO, 1821-2021

PRIMERA ETAPA:
MIRAR AL PASADO CON GRATITUD

CUADERNO 1:
EL PADRE ANDRÉS COINDRE,
FUNDADOR DE LOS HERMANOS
DEL SAGRADO CORAZÓN

HNO. RENÉ SANCTORUM

30 DE SEPTIEMBRE DE 2018

*Foto de tapa:
Busto del Padre Andrés Coindre
en la Casa General, Roma.*



PRESENTACIÓN

Con la clausura del Capítulo General de 2018, nuestro Instituto dio inicio a la celebración extendida de su Bicentenario, que girará en torno a dos temáticas extraídas de nuestros orígenes y profundizará en las intuiciones del Padre Andrés Coindre.

Como movimiento inicial, el Padre Coindre recibió la inspiración de poner en marcha la misión. En 1818, junto con familias, amigos y benefactores, creó en Lyon el Pío Socorro. Procuraba responder a una necesidad no solo con sus propios recursos, sino con la colaboración de todos aquellos a los que motivó para que se unieran a sus esfuerzos. Vemos entonces el comienzo de esta obra, esta misión original, que ha evolucionado a través de nuestra historia para contribuir a la formación de los jóvenes en todas las épocas y lugares.

Su segundo movimiento lo llevó a fundar el Instituto. Después de tres años de esfuerzos junto a todos los involucrados, el Padre Coindre comprendió que se necesitaba una raíz más profunda y más fuerte, especialmente enfocada en la formación integral de los jóvenes a su cuidado. A tal fin, habló primero con los maestros del Pío Socorro y de ellos surgió el primer

miembro del Instituto, Guillaume Arnaud, a quien conocemos como el Hermano Javier. El 30 de septiembre de 1821, diez hombres subieron la colina de Fourvière con el Padre Coindre e hicieron votos privados en la capilla que allí se encuentra, para dar comienzo al Instituto tal y como lo conocemos.

Durante los próximos tres años, celebraremos el Bicentenario de estos dos movimientos: la misión y la comunidad creada para sostenerla.

Este es el primer cuaderno de una serie de seis, que serán elaborados por diferentes colaboradores en la misión, laicos y hermanos, para profundizar nuestra comprensión de estos dos movimientos tanto en la época del Padre Coindre, como a lo largo de nuestra historia y en su proyección hacia el futuro. Cada nuevo texto, cada nuevo esfuerzo de reflexión sobre nuestros comienzos, nos invita a todos a meditar sobre nuestros inicios personales y nuestro lugar en la misión del Padre Coindre.

Que esta serie de textos constituya una oportunidad para que todos, hermanos y laicos, colaboradores en la misión, conversemos, oremos y reflexionemos. Que estos escritos sean una ventana a través de la cual podamos descubrir renovada la inspiración del fundador para los próximos doscientos años que se abren ante nosotros.

¡Ametur Cor Jesu!

A handwritten signature in black ink that reads "Br. Mark Hilton SC". The signature is fluid and cursive, with the "SC" at the end being more distinct.

Hno. Mark Hilton
Superior General

PUBLICACIONES PREPARATORIAS DEL BICENTENARIO

Etapas	Cuaderno	Tema	Autor	Fecha de publicación
I. Mirar al pasado con gratitud	1	El P. Andrés Coindre	Hno. René Sanctorum (Francia)	30 de septiembre de 2018
	2	El Vble. Hno. Policarpo	Hno. Jesús Ortigosa (España)	30 de abril de 2019
II. Vivir el presente con pasión	3	Espiritualidad del Corazón de Jesús	Hno. Bernard Couvillion (EEUU)	30 de septiembre de 2019
	4	Pedagogía de la confianza	Hno. Stéphane-Léon Sané (Senegal)	30 de abril de 2020
III. Abrazar el futuro con esperanza	5	El hermano del Sagrado Corazón en el futuro	Hno. Jean-Paul Valle (Colombia)	30 de septiembre de 2020
	6	El carisma compartido	D. John Devlin (EEUU)	30 de abril de 2021

1

CONTEXTO HISTÓRICO

ESTADO DE LA SOCIEDAD

A finales del siglo XVIII, Francia se halla en estado lamentable a todos los niveles: político, social, económico, cultural y religioso.

- A nivel político, todos los poderes se concentran en manos del rey, de los nobles y de algunos burgueses ricos. Los demás no disponen de medios para hacer oír su voz ni pueden participar activamente en la marcha del país. Sin embargo, el rey Luis XVI es débil, su autoridad, vacilante, y sus colaboradores en la gestión de los asuntos públicos, corruptos o incompetentes.

- A nivel social, existen tres categorías de personas: los *Nobles* (el 2 % de la población), generalmente ricos que disfrutaban de importantes privilegios: sin impuestos ni obligaciones militares, y con derechos sobre la gente humilde que sirve en sus dominios; el *Clero* (el alto clero, casi siempre procedente de la nobleza), menos numeroso aún pero gozando de privilegios parecidos a los de los Nobles; el *Tercer Estado* formado por un pequeño número de

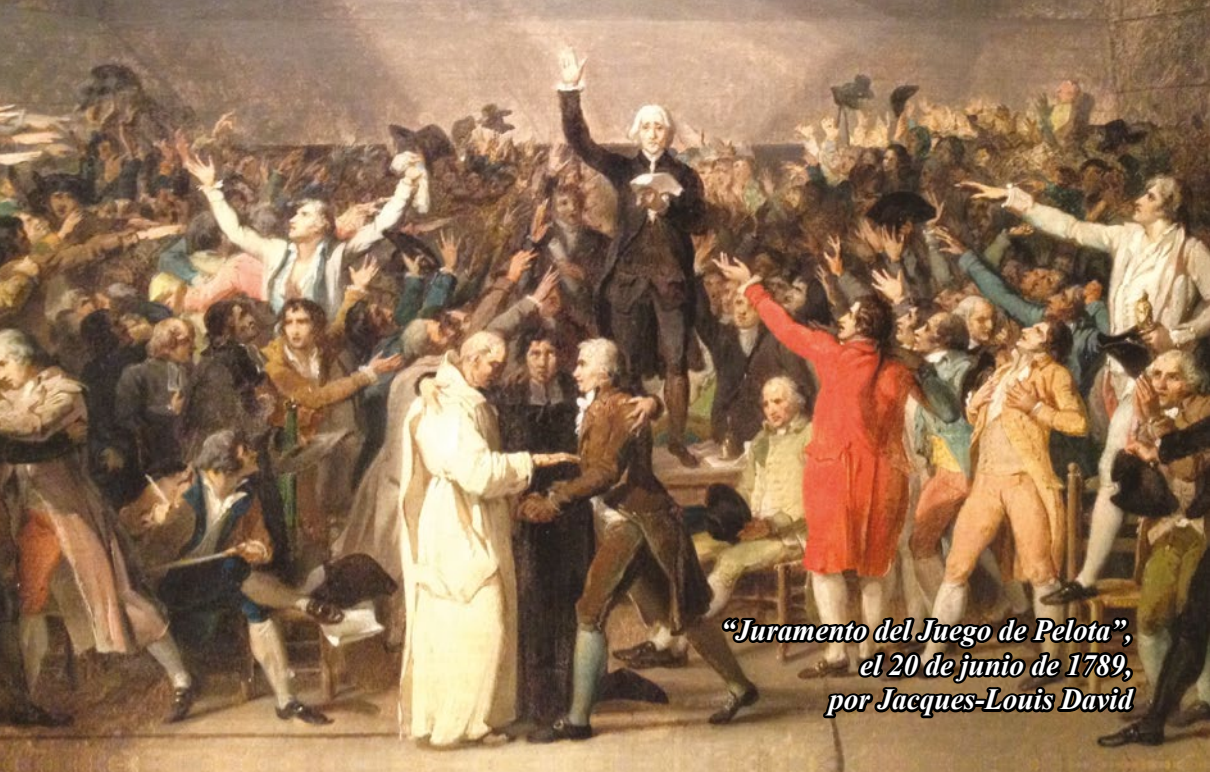
burgueses más o menos acomodados y, sobre todo, por personas humildes (95 % de la población) que viven en condiciones miserables, abrumadas por impuestos en dinero y en especie y sometidas a diversas obligaciones para beneficio de los Nobles o del poder monárquico (movilización en el ejército y requisa de animales o material en caso de guerra, cosa que ocurría con frecuencia).

- A nivel económico, la miseria del pueblo es extrema: desempleo, indigencia, mortalidad elevada –sobre todo infantil–, y su triste cortejo de consecuencias: robo a mano armada, actos de violencia, prostitución... La brecha entre las dos clases privilegiadas y la gente humilde se hace cada vez mayor.

- A nivel cultural, se percibe un analfabetismo generalizado (estimado en un 63 %): hay unas pocas escuelas primarias en las ciudades –pero son casi inexistentes en zonas rurales–, algunos grandes centros de educación secundaria dirigidos por eclesiásticos en ciudades importantes y, raramente, universidades: en suma, poca cosa.

- A nivel religioso, se constata en todas partes una profunda decadencia. Muchos obispos y abades llevan vida mundana, más preocupados por sus placeres que por sus ovejas. La vida monástica, sobre todo la masculina, aparece en declive. En promedio, hay sólo un novicio por cada 150 monjes. Algunas abadías cuentan con muy pocos religiosos (10, 8, 6, y hasta únicamente 3). En general, en las parroquias se realizan muchas prácticas pero, frecuentemente, más emparentadas con lo folclórico que con la religión. ¿Y qué decir de la fe? La educación religiosa de las masas deja mucho que desear: se enseñan a los fieles –en su mayor parte analfabetos– fórmulas catequéticas abstractas que no entienden en absoluto.

Tal cúmulo de graves desórdenes acarrea un malestar general. Los diversos abusos existentes en todos los ámbitos eran denunciados desde hacía decenas de años por escritores y filósofos que apuntaban hacia el poder monárquico, la desigualdad de la sociedad y la Iglesia. Sus críticas eran cada vez más frecuentes y virulentas, y alimentaban las pasiones de los que ardían en deseos de trastocar el curso de las cosas.



LA REVOLUCIÓN (1789)

En aquel ambiente, estalló un movimiento general de protesta y sedición que se llamó **Revolución**. Al principio, la mayor parte de los instigadores del movimiento sólo pretendían una reforma, con el deseo de mejorar el estado de la sociedad. Pero dicha tendencia se radicalizó muy pronto: de la reforma, se pasó a la revuelta total.

Ciertamente la *Declaración de los derechos del hombre*, documento capital de 1789, y la *abolición de los privilegios*, del mismo año, constituían elementos positivos, pero los revolucionarios más radicales no se quedaron ahí. La Revolución se convirtió en un movimiento cada vez más violento, que buscaba poner patas arriba la situación anterior. Las estructuras económicas y sociales fueron destruidas; el rey, destituido y finalmente guillotinado; muchos miembros del clero, masacrados o desterrados; iglesias e instituciones religiosas, cerradas, expoliadas o desmanteladas.

De este modo, la situación de la gente humilde, lejos de mejorar, empeoró aún más. Desorganizada, la vida cotidiana vio multiplicarse – principalmente en las ciudades– los archiconocidos desórdenes de la delincuencia y la prostitución, con la consecuencia, entre otras, de un crecimiento considerable de detenidos en las cárceles, especialmente de jóvenes (12 a 18 años). Como la Revolución había suprimido las penas afflictivas (por ejemplo, las palizas), el único castigo posible era entonces el encarcelamiento.

Y al tomar las riendas de la política francesa Bonaparte, convertido en Napoleón I, apenas mejoró la situación –aunque en sus inicios hubo unos años de recuperación económica– sobre todo a causa de las incesantes campañas militares del Emperador, ruinosas en bienes y en hombres.

Para la Iglesia, el Concordato de 1801, concertado por iniciativa de Bonaparte, fue un medio de recuperarse, pero solo en parte, pues quedó férreamente sometido al yugo del Emperador.

LA RESTAURACIÓN (1815)

Tras la abdicación de Napoleón, la nación pudo reconstruirse poco a poco. La educación y la renovación de la vida cristiana dispusieron de medios para desarrollarse. Los institutos religiosos, antiguos y nuevos, se extendieron prodigiosamente y contribuyeron en gran manera a la recuperación.

2

PRIMEROS AÑOS Y FORMACIÓN DE ANDRÉS

Andrés Coindre nació en Lyon el 26 de febrero de 1787, por tanto, dos años antes de estallar la Revolución. No conocemos la forma en que transcurrió su infancia, inmersa en los graves disturbios políticos y sociales que sacudían al país y a la ciudad.

En cuanto a su instrucción religiosa y educación elemental, nos vemos abocados asimismo a simples hipótesis. Lo que sí sabemos de fuentes seguras es que acudió, de 1799 a 1802, a un colegio público de Lyon, que acababa de ser abierto en los últimos años de la Revolución. Obtuvo varios “premios a la excelencia”, sobre todo en francés.

En 1804, lo encontramos en el seminario menor de l’Argentière, no lejos de Lyon, abierto de nuevo gracias a la liberalización de las instituciones religiosas de la Iglesia en virtud del Concordato. Allí aparece como

*Entrada del Gran Seminario
San Ireneo, plaza Croix-Paquet*



alumno brillante, aunque a veces un poco brusco y susceptible, según sus educadores.

De 1809 a 1812, continúa su formación sacerdotal en el seminario mayor de Lyon en compañía de otros seminaristas, algunos de los cuales llegarán a ser muy conocidos: un cardenal, cinco obispos y cuatro fundadores de institutos religiosos: Marcelino Champagnat, Juan Claudio Colin, Leonardo Furnion y Luis Querbes; y... además, san Juan María Vianney, el santo cura de Ars. La historia no ha conservado nada sobre cómo vivió Andrés aquellos años, salvo buenos testimonios sobre su saber y conducta, y que basaba su manera de obrar en la divisa: «No ahorres esfuerzos por convertirte en sal de la tierra y luz del mundo».

El 14 de junio de 1812 es ordenado sacerdote en la catedral de Lyon por el arzobispo Mons. Fesch, tío de Napoleón. Pero como han observado en él grandes cualidades para la predicación, le retienen seis meses más en el seminario mayor para perfeccionar y enriquecer sus talentos de oratoria.

3

ANDRÉS COINDRE, MISIONERO

Acabado el periodo de formación, Andrés es nombrado primer coadjutor en Bourg-en-Bresse, ciudad de unos 10.000 habitantes, distante 60 km al nordeste de Lyon. Todavía podemos ver su firma en los registros parroquiales. Administra muchos bautismos, pero también preside numerosos entierros de niños y jóvenes, triste prueba de la miseria popular, de las enfermedades y de la mortalidad infantil en aquel tiempo.

A la vez que ejerce el ministerio parroquial, pone ya en práctica su talento de predicador y, en colaboración con otros sacerdotes amigos, anima «misiones» en los alrededores de Lyon. Pero solo se trata, por ahora, de iniciativas limitadas, sin una organización general.

Por el contrario, a finales de 1815, el vicario general de la diócesis, P. Courbon, le invita a asociarse con otros sacerdotes para **formar un equipo** estable de misioneros itinerantes. La nueva sociedad fue generalmente designada por el nombre del lugar de su implantación, un antiguo convento de «Chartreux» (Cartujos); por eso eran conocidos como los «Cartujos».

Al mismo tiempo fue nombrado coadjutor de San Bruno, la iglesia de dicho lugar.

¿Qué era una *Misión*? Consistía en una especie de ejercicios espirituales organizados por un grupo de parroquias, con objeto de reanimar (o establecer en toda su integridad) la vida cristiana que tan profundos trastornos había sufrido durante el periodo revolucionario. La *Misión* incluía predicaciones, invitación a recibir algunos sacramentos (bautismo, penitencia, matrimonio...) y celebraciones diversas (oraciones públicas, ceremonias, procesiones, etc.).

Los «Cartujos» que empiezan a recorrer la región para organizar misiones forman un **equipo** de 5 a 10 sacerdotes. Pero un equipo necesita un coordinador, un jefe, para no caer en la anarquía. Este responsable, llamado *prefecto de la misión*, será a menudo Andrés Coindre y desempeñará perfectamente su papel.

Los distintos testimonios de participantes en las misiones que se pudieron recoger sobre el predicador Andrés Coindre, ponen bien de manifiesto la fuerte impresión que producían sus sermones; y sus compañeros de trabajo, por otra parte, se expresaron en términos muy elogiosos al hablar de los talentos de su eminente colega.

El P. Coindre participó en muchas misiones, retiros, y en otros lugares y tiempos de predicación: 24 grandes misiones, 27 retiros, «estaciones» de Adviento y de Cuaresma, una cincuentena de sermones y cinco grandes discursos o panegíricos. Sin embargo, su inmensa actividad misionera no le impedirá dedicarse a innumerables obras, como vamos a ver.



Misión de la Guillotière, 1818

4

ANDRÉS COINDRE, FUNDADOR

Volvamos a Lyon, año 1815. Acaba de ser nombrado coadjutor de San Bruno. En el preciso momento en que va a comprometerse como misionero, Andrés entra en contacto con las cárceles de Lyon, de las que llegará a ser visitador habitual. Se interesa sobre todo por los presos jóvenes. Participa en las reflexiones e iniciativas de cristianos integrados en las estructuras penitenciarias, que habían conseguido separar a los presos jóvenes de los adultos. Objetivo: instruir, educar y formar a los jóvenes, incluyendo el aspecto religioso. Sin embargo hay una cuestión que se hace cada vez más obsesiva para Andrés Coindre: separar a los jóvenes de los adultos, instruirlos, formarlos, es una excelente idea; pero ¿qué sucederá con ellos cuando salgan de la cárcel? ¿Qué hacer para que no recaigan inmediatamente en la espiral de la delincuencia? Esta cuestión no se apartará de nuestro Fundador, y será decisiva en la fundación del Pío Socorro –del que hablaremos enseguida– y de los Hermanos.

LAS HERMANAS DE JESÚS-MARÍA

«Cierta día [no conocemos la fecha exacta, probablemente en 1816], (Andrés Coindre) camina por Lyon llevando a dos niñas sin padres, sin cobijo, literalmente recogidas en la calle». (Padre Bissardon: *«Reseña sobre la providencia parroquial de San Bruno»*). Las deja al cuidado de personas caritativas; posteriormente, con la llegada de otras huérfanas o hijas de familias muy pobres, se las confía a las Hermanas de San José. El pequeño grupo se convierte en una *providencia*. ¿Qué eran las providencias? «Se daba este nombre a las instituciones de beneficencia que fueron creadas {...} para recoger a niños pobres a fin de darles una sólida formación cristiana y enseñarles un oficio para que pudieran ganarse la vida». En ocasiones, si era posible, se les pedía una pequeña contribución económica que disminuía a medida que el trabajo del niño iba siendo comercializable. Una asociación –parroquial casi siempre– ayudaba a equilibrar el presupuesto mediante limosnas.

El mismo año, 1816, Andrés Coindre había fundado la «Pieuse Union» («Pía Unión»): una asociación de señoras y señoritas con la finalidad de trabajar en la recuperación y educación de niñas y chicas jóvenes. En 1817, les confía la responsabilidad de la «Providencia del Sagrado Corazón», providencia que organiza para chicas en una celda de los Cartujos. Recordemos que una cartuja es un convento concebido para llevar una vida eremítica. Las instalaciones constan, básicamente, de una serie de casitas (“celdas”) en las que los religiosos viven solos, y dedican su tiempo a la oración, estudio y trabajo manual, y que solamente se reúnen en la iglesia para los oficios litúrgicos. El gobierno revolucionario de la Convención expropió la Cartuja de Lyon y los monjes fueron dispersados. La propiedad se dividió en lotes que se pusieron en venta. El cardenal Fesch compró buena parte de ellos y fue allí donde se establecieron los Misioneros en 1815.

A mediados del siglo XIX habrá en Lyon cuarenta providencias. Solamente hay dos –y una de ellas acaba de nacer– cuando Claudina, apoyada por el P. Coindre, se lanza por ese camino. En 1818, el P. Coindre, con algunas mujeres de la «Pía Unión», funda la congregación de las «Damas de los



*Santa Claudina Thévenet,
cofundadora de las Religiosas
de Jesús-María*

Sagrados Corazones de Jesús y de María» (más tarde se denominarán «Religiosas de Jesús-María»), y pone como superiora general a Claudina Thévenet. La nueva Congregación se establece en Fourvière.

LOS HERMANOS

Entretanto, el mismo año en que establece la «Providencia del Sagrado Corazón», en otra casita de los Cartujos y con el nombre de «Providencia de San Bruno», Andrés Coindre había reunido, bajo la dirección de un maestro tejedor, 5 o 6 muchachos huérfanos y delincuentes (salidos de la cárcel o para los que busca una solución distinta que entrar en prisión). Era el primer establecimiento de este tipo para chicos en Lyon. Como el local se queda pronto muy pequeño, el Padre compra, en 1818, una propiedad próxima a las murallas de la ciudad, no lejos de los Cartujos. La institución se traslada allí y toma el nombre de «Pío Socorro».

En 1821, se propone formar una comunidad religiosa que se haga cargo de la obra y, a este fin, reúne en Lyon a dos maestros del «Pío Socorro», un joven que conoció durante un retiro en Belleville y un grupo de siete seglares de Valbenoîte (cerca de Saint-Étienne) que, con ayuda del párroco P. Rouchon, llevaban una especie de vida comunitaria sin abandonar sus respectivos trabajos en la ciudad.

Esos diez hombres, el 30 de septiembre, tras un retiro de ocho días, harán votos privados, recibirán nombres religiosos y serán destinados a dos providencias: cinco de ellos al Pío Socorro y los otros cinco a Valbenoîte. Acaban de nacer los “Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María”.

Pero apenas unos meses después de la ceremonia de Fourvière, incumpliendo el acuerdo cerrado con el P. Coindre, el párroco de Valbenoîte quiere organizar las cosas a su manera y asume él mismo la dirección de la obra; los cinco Hermanos le siguen la corriente, al menos durante cierto tiempo. Ante tal situación, Andrés Coindre, para evitar enfrentamientos y polémicas, devuelve al P. Rouchon la casa y los Hermanos hacia la Navidad de 1821.

Resulta fácil imaginar la pena del Fundador al ver, de buenas a primeras, reducida su congregación a la mitad. A pesar de todo, en ninguna de sus cartas encontramos reacciones de amargura, animosidad o resentimiento contra nadie. El mismo desprendimiento podemos observar varias veces a la largo de su existencia en sus propias creaciones.

En 1823, funda un noviciado para los Hermanos y una escuela en Monistrol, pequeña ciudad situada al sudoeste de Lyon. Con la fundación de esta escuela de enseñanza primaria, Andrés Coindre responde a un tipo de necesidad que hasta entonces, él, hombre de ciudad, nunca había conocido directamente. Durante el transcurso de las misiones había sido testigo, en efecto, de la desastrosa situación en que se encontraban los niños de zonas rurales, abandonados a su suerte, sin educación y sin futuro. ¡Escuelas!, eso era lo que necesitaba aquella gente menuda. Sin descuidar la providencia del Pío Socorro, a partir de ahora orientará su actividad en esa dirección.

Una segunda razón mueve al P. Coindre a crear escuelas: su concepto de las misiones. Para él, aquellas grandes manifestaciones deben constituir un punto de partida, no un punto de llegada. ¿Cómo prolongar y perennizar la obra de la misión?: mediante instituciones de «desarrollo sostenible», como hermandades y movimientos para la infancia y la juventud. Sin embargo, esas asociaciones siempre tendrán una existencia precaria al estar excesivamente ligadas a personas del momento (párrocos, coadjutores, feligreses...) y su influencia será limitada. La escuela, en cambio, constituirá una institución estable cuya influencia se perpetuará en las generaciones siguientes. «En efecto, la religión, hija de la luz, nunca tuvo peores enemigos que las tinieblas de la ignorancia y la rudeza de personas incultas» (Andrés Coindre, *Œuvres oratoires*, p. 145).

Es en Monistrol donde, el 14 de octubre de 1824, –mediante la emisión de votos públicos y la aprobación del señor obispo del Puy– los Hermanos quedarán constituidos en congregación oficial.

A partir de entonces, los establecimientos se multiplicarán con rapidez: 10 en cuatro años, sin contar el Pío Socorro.



*Capilla de Nuestra Señora de Fourvière,
donde nació nuestro Instituto*

¿Cómo explicar que se produjeran tantas fundaciones en tan poco tiempo? El P. Coindre se limitaba a responder a solicitudes de párrocos que le importunaban por todas partes. Esto prueba, por un lado, la inmensa necesidad de los pueblos y parroquias –las escuelas del P. Coindre eran públicas o privadas, de conformidad con el solicitante, parroquia o ayuntamiento– y, por otro lado, nos permite intuir la calidad de educación que se daba.

También es verdad que, hasta entonces, los raros maestros existentes en zonas rurales tenían muy mala prensa. Fueron las congregaciones de enseñanza las que restablecieron la buena imagen de la profesión docente.

Sin duda, la formación de los candidatos era insuficiente. Pero si alguien se atreviera a criticar al P. Coindre por ello, demostraría poseer un pobre conocimiento de la historia. Andrés Coindre era el primero en deplorar esa realidad. No obstante, –como él mismo explica en una carta al Hno. Borja, director general de los Hermanos– era un hecho inevitable, ya que no conseguía reunir dinero suficiente para prolongar la formación. Los novicios debían pagar una pensión mientras se formaban (al menos durante la mayor parte del tiempo de formación), excepto cuando carecían de recursos, propios o de su familia. Tras unos meses de preparación «profesional» después del noviciado, era preciso asignarles un trabajo, es decir, enviarles a una escuela donde pudieran ganarse el sustento y conseguir algunos ingresos para las necesidades generales del Instituto. Además, incluso los sacerdotes, usualmente, recibían una formación apresurada. No todos tenían la suerte de estudiar en seminarios privilegiados, como el de Nuestra Señora de l'Argentiére. El obispo de Soissons exclamaba que prefería «cultivar la viña del Señor con asnos antes que dejarla baldía».

En todo caso, el nuevo campo de apostolado acarreó frecuentes inquietudes al P. Coindre: negociaciones a fin de obtener las condiciones indispensables para instalar una comunidad por aquí; reglas o directrices que era preciso redactar a toda prisa y enviarlas a las escuelas para su funcionamiento por allá; respuestas a las personas que pedían informes sobre la congregación, o gestiones para poner remedio a quejas sobre escuelas que no funcionaban bien o sobre Hermanos que dejaban mucho que desear, o cambios necesarios porque algunos miembros de una comunidad no llegaban

a entenderse bien por acullá. Y todo ello, durante su «tiempo libre»: al finalizar una jornada de misión agotadora, o en plena noche, o entre dos misiones, aparte de múltiples preocupaciones inherentes al gobierno de sus tres congregaciones (de Sacerdotes, de Hermanos y de Hermanas).

Y es que –sin ser éste su rasgo más conmovedor– en medio de su incesante actividad como misionero y predicador, entre las numerosas y absorbentes preocupaciones relacionadas con las escuelas, a pesar de los fatigosos e interminables viajes, y aunque su salud nunca fue muy boyante, Andrés Coindre seguía de cerca el funcionamiento de sus comunidades.

Él mismo presidía a menudo la toma de hábito y las profesiones; asistía a la distribución de premios en el Pío Socorro –la institución más entrañable para su corazón– contando con la presencia de todos los miembros de la asociación de benefactores; supervisaba y nombraba el personal del noviciado de Monistrol; y escribía cantidad de cartas, especialmente al Hno. Borja, director general de los Hermanos (afortunadamente, algunas de ellas han llegado hasta nosotros).

Al leerlas, observamos hasta qué punto amaba nuestro Fundador a cada Hermano, cómo salía en su defensa subrayando la buena voluntad y las buenas intenciones a pesar de sus deficiencias. Unas semanas antes de su muerte, envió al Hno. Luis –que tenía la idea de abandonar su vocación– una carta de ocho largas páginas; también, en otra ocasión, hizo a pie un viaje de tres horas, entre dos actos de una misión, para alentar a un Hermano que se sentía desanimado.

Las cartas del P. Coindre nos ayudan en gran manera a vislumbrar el lado más íntimo de su corazón.

LOS SACERDOTES

En agosto de 1822, el obispo de Le Puy, Mons. de Salamon, le pide que funde una sociedad de misioneros para la región de la Haute-Loire. Así nacerá la sociedad de Sacerdotes Misioneros del Corazón de Jesús, de Monistrol-l'Évêque (actualmente Monistrol-sur-Loire). Nuestro Fundador

*Colegio de Monistrol, dirigido
por los Sacerdotes Misioneros
del Corazón de Jesús*



será su superior general hasta 1825 y les proporcionará unos Estatutos.

Algo más tarde, en la diócesis de Le Puy —donde trabajaban sus Misioneros, Hermanas y Hermanos— el P. Coindre se vio expuesto a diversas hostilidades por parte de algunos clérigos envidiosos; además, el nuevo obispo dejó de apoyar la obra de los Misioneros, y eligió a algunos de sus miembros más eminentes para colocarlos en las parroquias de la diócesis. En 1824, con ocasión de una misión en Blois junto a otros predicadores reunidos bajo el nombre de Misioneros de San Martín, conoció la diócesis y a su obispo, Mons. de Sauzin, quien lo valoró mucho. Este encuentro será el punto de partida de la “última aventura” de nuestro Fundador... Lo veremos más adelante.

5

CARISMA DE ANDRÉS COINDRE

¿QUÉ ES UN CARISMA?

En sentido estricto, es una gracia, gratuita, –como todos los dones de Dios– imprevisible, en la que se manifiesta sensiblemente la presencia y la acción del Espíritu **para bien del cuerpo entero de la Iglesia**: esta es la característica más importante.

Dado inicialmente a una persona, el carisma se despliega y produce efectos que implican también a otras personas:

- Suscita la vocación a cierto estado de vida, o bien a cierto tipo de obras y actividades correspondientes a necesidades especiales del Cuerpo Místico;
- Regula y organiza la actividad apostólica iniciada. Puede, así, dar origen a una institución estable, como una asociación de fieles, una cofradía o un instituto de vida religiosa;

- Fecunda los esfuerzos de todos los que se entregan a esa tarea, la coordina, la fortifica por la acción de todos, que ya no actúan a título individual.

Podemos hablar, por tanto, de un **carisma del Fundador**. Se trata de una experiencia del Espíritu transmitida a discípulos para ser vivida por ellos, conservada, profundizada, desarrollada constantemente, en armonía con el Cuerpo de Cristo y en crecimiento perpetuo. Hablamos entonces de un **carisma de instituto**.

Encontramos en Andrés Coindre, hasta la saciedad, el carisma de la predicación; todos los sacerdotes colegas suyos lo atestiguan, y las muchedumbres que le escuchan, subyugadas, le aclaman y le ponen por las nubes.

Pero, ¿qué hay del carisma de fundación de nuestro Instituto, así como del de las Religiosas de Jesús-María? Está claro que Andrés Coindre tiene conciencia de haber recibido un carisma específico de fundación. Varias veces lo evoca; por ejemplo, cuando designa a su hermano François como sucesor suyo al frente del Instituto: «Mis queridos Hermanos, es necesario que por ahora tengan como superior a un sacerdote, porque aún no están formados ni en estado de gobernarse por ustedes mismos. Por eso deben acostumbrarse y ejercitarse intensamente en actividades administrativas, pues yo puedo faltarles un día. *Después de mí, mi hermano*. Pero después de él, deberán gobernarse ustedes mismos, porque cualquier otro clérigo no tendría *el espíritu de su fundador* [= el carisma de su fundador] y sus asuntos no podrían marchar bien.», o cuando se subleva contra el proyecto del vicario general, P. Catet, de Lyon, que pretendía fusionar nuestro Instituto con el de los Hermanos Maristas: «Es conocer muy poco a los hombres y las obras de Dios pensar en semejantes fusiones. Es como si hablasen de fusionar todos los hogares para formar uno solo...» (3 de mayo de 1826, a escasas cuatro semanas de su muerte).

¿En qué consiste, pues, este carisma y cómo se presenta? Es lo que vamos a tratar de descubrir. Me parece que, al contrario del carisma de la predicación, el de la Fundación se manifiesta paulatinamente a lo largo de la existencia de Andrés y que podemos distinguir varias etapas en su evolución.



*Cuadro del Padre Andrés Coindre
en la Casa General, Roma*

ETAPA I

Una primera etapa sería la de sus *actividades caritativas en Bourg-en-Bresse*. Andrés es entonces muy joven (26 años); acaba de ser ordenado. Bourg es su primer destino; ha sido nombrado primer coadjutor (había ¡cinco!) y desempeña sus funciones «con distinguido talento y virtudes sacerdotales» (Carta del P. Ballet). Despliega una importante actividad parroquial a juzgar por los sacramentos administrados que figuran en los registros (633), pero también se entrega ya a labores de predicación en diversos lugares. Ello no es óbice para que acuda con regularidad al hospital de la ciudad (denominado *la Caridad*): «Tras dos años y medio como coadjutor en la ciudad, es añorado por todos sus feligreses, que le tenían en gran estima; también se ocupaba de la Caridad antes de llegar las Hermanas», escribe el alcalde de la localidad, cosa que confirma el prefecto de policía: «Durante todo el tiempo que permaneció este clérigo en Bourg, oí grandes elogios de él, y cuando se fue, sintieron mucha pena por su alejamiento».

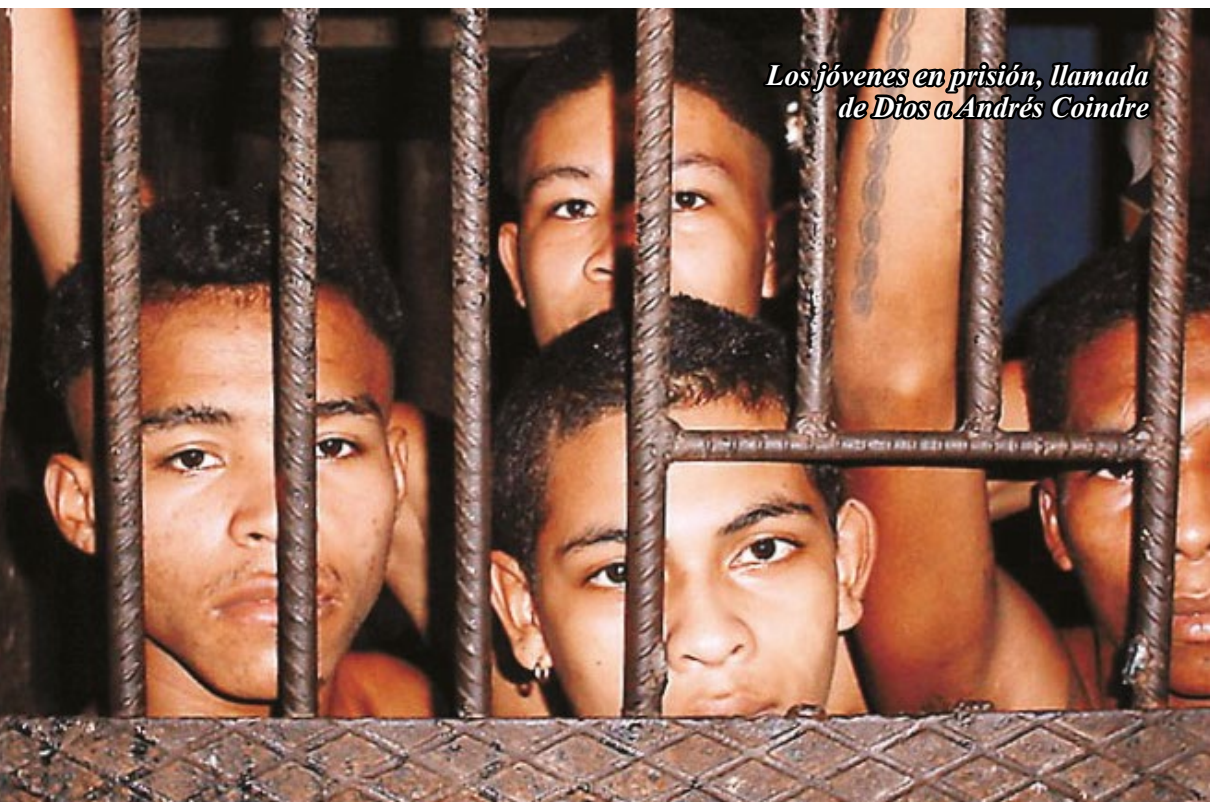
ETAPA II

Una segunda etapa podría ser su *compromiso en las cárceles de Lyon*, atestiguado por dos vicarios generales de la diócesis: «{Andrés Coindre} se dedica a la predicación y se **consagra por entero** a las buenas obras, especialmente en las cárceles». Merecen ser subrayadas estas palabras: **¡se consagra por entero!** Ahora bien, sabemos que entonces, en 1815, es coadjutor en la parroquia de San Bruno, en Lyon, y que la predicación ya le acapara buena parte de su tiempo.

Se impone aquí hacer un paréntesis para comprender la situación a la que deberá enfrentarse el Fundador: se trata del régimen de prisiones después de la Revolución. El número de detenidos ha crecido considerablemente. ¿Por qué?

Porque la Revolución decretó en la *Declaración de los Derechos del Hombre*, que el bien primordial del ser humano era su libertad. Piensen en

la divisa de la nación francesa: **libertad**, igualdad, *fraternidad* [esta última palabra fue agregada en la efímera revolución de 1848]. Entonces, aquella o aquel que cometía un delito, comportándose de manera indigna de un ser humano (agresión, robo, actos contrarios a la moral pública), debía ser castigado con la privación de libertad. Por tanto, la Revolución abolió las penas afflictivas (condena a galeras, mutilaciones, latigazos...) —excepto la pena de muerte para crímenes graves—, y las penas infamantes (desfile por las calles con un collar de hierro o con letreros humillantes), y las reemplazó por la privación de libertad. Los castigos, a partir de entonces, consistían en periodos de encarcelamiento. Se debió, pues, hacer frente a una gran afluencia de detenidos sin disponer de edificios apropiados y funcionales para confinarlos en ellos. De ahí que se utilizasen muchos edificios de la Iglesia expoliados durante la Revolución (abadias, seminarios, asilos...) para satisfacer la demanda.



Los jóvenes en prisión, llamada de Dios a Andrés Coindre

Además, encontramos cantidad de niños y jóvenes en la cárcel después de la Revolución y del Imperio (aproximadamente, entre los años 1800 y 1820). ¿Por qué?

Porque la Revolución, si bien es verdad que liberó a la gente humilde de cargas pesadas (impuestos, tasas, trabajos obligatorios no retribuidos...), también suprimió la mayor parte de los organismos e instituciones que pretendían frenar la miseria (por ejemplo, gremios [corporaciones a modo de sindicatos de artesanos], asilos y centros de acogida dirigidos por religiosas, religiosos, o miembros del clero). En definitiva, la miseria creció y los medios de enfrentarse a ella disminuyeron. Y quien dice miseria dice infancia desamparada, tugurios, promiscuidad, explotación (prostitución...), enfermedad, situación de abandono, vagabundeo, robo... sobre todo en las ciudades.

Luego, las guerras napoleónicas, que diezmaron la generación de hombres jóvenes [17 a 35 años de edad] (más de medio millón de soldados caídos, de una Francia con 25 millones de habitantes aproximadamente) lo que incrementó considerablemente el número de huérfanos.

Así se entiende que en las grandes ciudades, como Lyon, se multiplicase la delincuencia y, en consecuencia, aumentase el número de jóvenes (a veces hasta de niños a partir de los ¡8 años!) condenados a penas de cárcel, puesto que ya no se podían aplicar castigos corporales tales como la paliza. ¿Dónde colocar a los jóvenes detenidos? Nada previsto al respecto. Se les mezcla con los adultos en una promiscuidad difícil de imaginar y con consecuencias bastante fáciles de suponer (humillaciones, explotación sexual, aprendizaje de la picardía, de la desvergüenza, de la violencia). Es preciso tener en cuenta que entonces no había celdas individuales y que los detenidos se aglomeraban en grandes estancias sin ninguna comodidad.

En Lyon, hacia el año 1810 (bajo el Imperio), algunos grupos de seglares cristianos obtuvieron, de la administración penitenciaria, autorización para visitar las cárceles. Ellos consiguieron que se tomaran varias medidas en orden a mejorar la suerte de los detenidos, principalmente separar a los jóvenes de los adultos y un pequeño programa de formación: algunos rudimentos del saber, instrucción elemental, catecismo...

Es en este marco donde Andrés Coindre se convierte en visitante habitual de las cárceles lionesas. Mientras que el compromiso de los seglares cristianos se limita a mejorar la suerte de los detenidos, Andrés, por su parte, se proyecta inmediatamente hacia el futuro e imagina la situación de los jóvenes tras salir de la prisión. No se contenta con prestar una ayuda simplemente humanitaria mediante actos concretos, sino que contempla una solución a largo plazo, una solución definitiva: levantar a los jóvenes, restaurar su dignidad, forjarles un futuro.

Vemos aquí que el carisma de compasión, puesto ya de manifiesto en Bourg, se concreta y amplía. Se concreta, porque, a partir de ahora, se siente particularmente impulsado a estar al lado de los niños y jóvenes desamparados; y se amplía, porque sobrepasa la actitud de aproximación, escucha y solidaridad, para ponerse a buscar una solución durable: **el carisma se vuelve creativo.**

¿De dónde procede esa compasión creciente? Todavía no se aprecia con claridad, pero consideramos que es coherente con la contemplación de Jesús en la cruz (el *Sagrado Corazón*), contemplación muy propia de la sociedad de misioneros a la que se une: los «Cartujos», cuyo verdadero nombre es *Sacerdotes de la Cruz de Jesús*.

ETAPA III

Podemos apreciar **una tercera etapa** del carisma en la práctica de ***una actividad de aspectos múltiples***.

La decisión de Andrés de encontrar una solución le lleva a tratar de colocar a los jóvenes exprisioneros como aprendices en pequeñas empresas o en casas religiosas dedicadas a la educación de los jóvenes. Pero, como en todas partes encuentra las puertas cerradas, acaba creando él mismo una institución: será el *Pío Socorro*.

Para convertir en realidad el proyecto, será necesario disponer de **un pequeño equipo de educadores** que cumpla sus perspectivas: acoger a los jóvenes que pasan por situaciones difíciles, instruirlos (también en el



*El Pío Socorro, cuadro
de C. Bouchereau*

aspecto religioso), enseñarles un oficio que asegure su futuro. Quiere que el equipo de seglares –muy modesto al principio (sólo dos o tres integrantes)– esté tan bien motivado como él. No es una comunidad, pero sí un grupo unido. Este grupo, por otra parte, irá creciendo rápidamente a medida que los jóvenes admitidos en el Pío Socorro vayan aumentando en número (se pasa en poco tiempo de cinco o seis jóvenes a una treintena). Y este crecimiento acarrea también un cambio en el abanico de jóvenes acogidos, porque pronto se recibe y forma no sólo a los procedentes de las cárceles, sino también a candidatos a ellas (como los que vagabundean por las calles abandonados a su suerte, con riesgo de caer en los peores desórdenes) y a huérfanos o a hijos de familias muy pobres. Así, a la idea ya existente orientada hacia el futuro (la formación para el mañana de antiguos presos), se añade el objetivo de **la prevención**. No sólo ayudar a los salidos de la cárcel, sino impedir que otros caigan en ella; no sólo reeducar, sino sencillamente educar y proteger contra cualquier tipo de deterioro.

Vemos cómo ha seguido ampliándose el carisma de Andrés Coindre para englobar a todos los jóvenes en situación de desamparo.

Al equipo de educadores constituido por Andrés, hay que añadir **un lugar**, es decir, un edificio (será el Pío Socorro), el equipamiento apropiado (entre otros elementos, los telares); es preciso organizar el funcionamiento de la empresa: reglamento, consignas, medios de evaluación y ¡tantas otras cosas! Nos damos cuenta de la magnitud que va adquiriendo el proyecto inicial.

Finalmente, habrá que pensar en la financiación. El Fundador recurrirá a numerosos **suscriptores**, quienes constituirán una verdadera asociación de apoyo que no solamente se mantendrá al corriente de la vida de la obra, sino que participará activamente en ella: admisión de nuevos jóvenes, administración, funcionamiento...

Al llegar a esta fase del desarrollo del carisma, observamos que la compasión inicial se ha desplegado considerablemente, que ha dado origen a una institución con todas sus posibilidades y obligaciones, y que ha reunido a seglares (equipo de educadores, suscriptores) interesados en una obra común.

ETAPA IV

La cuarta etapa se presenta como una bifurcación. El equipo de educadores seglares desaparecerá, siendo sustituido por **una comunidad religiosa** que seguirá relacionada con la asociación de suscriptores, y que esta tendrá algo que decir en la institución.

¿Por qué se sustituyen los seglares por religiosos? El Hno. Javier lo explica en sus *Memorias*. Con el crecimiento del Pío Socorro, hubo necesidad de recurrir a más formadores y vigilantes. No todos ellos estaban motivados por las mismas razones que los primeros. Además, lógicamente, había que asignarles un salario, lo que suponía una pesada carga para la institución.

Pero es que, aparte de eso, Andrés Coindre se sentía movido a recurrir a hombres no sólo dedicados a una actividad en favor de los jóvenes

necesitados, sino que les consagrasen la vida entera, y por consiguiente, que se la consagrasen a Dios. De este modo, el servicio a los jóvenes conlleva una relación con Dios a través de una vía especial que recibe el nombre de vida consagrada. Vemos, pues, que el Carisma, tras haberse precisado y ampliado, también se ha profundizado. Es cierto que han desaparecido los educadores seculares, pero ¡paciencia!, regresarán en grupo con el paso del tiempo... Andrés Coindre mantuvo, no obstante, la asociación de suscriptores con todas sus prerrogativas.

Se puede pensar que esa profundización del Carisma va unida a la profundización de la vida espiritual del Fundador, invitado por el Espíritu a contemplar cada vez con mayor asiduidad a Jesús crucificado y a identificarse con Él. No es casualidad que pusiera a los Hermanos bajo la advocación del *Sagrado Corazón*.

También podemos imaginar que la constitución de una comunidad de Hermanos permitía prestar mayor atención a la formación de los jóvenes. La educación que se les daba tenía mayor alcance gracias a la evangelización.

ETAPA V

Comienza **una quinta etapa** cuando Andrés Coindre decide abrir **escuelas rurales**. Esta decisión data –a tenor de sus *Cartas*– de enero de 1822, sólo tres meses después de emitir sus primeros votos los Hermanos en Fourvière. El Fundador se encuentra entonces «misionando» en zona rural, no lejos de Lyon. Se da cuenta del desamparo de los niños y jóvenes, “abandonados a su suerte, sin educación ni futuro”, y que llevan una vida precaria en pequeñas explotaciones agrícolas, demasiado reducidas como para poder proporcionarles a todos un nivel de vida decente. Conocemos ahora bastante bien el corazón de Andrés. Reacciona aquí del mismo modo que en las cárceles: ¿Qué puedo hacer yo?

¡Bueno!, este mundillo de gente menuda necesita escuelas para mejorar su vida. Esta vez, Andrés no llamará a la puerta de instituciones ya existentes: no las hay en pueblos de campesinos. Las establecerá por sí mismo

siguiendo el modelo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a los que conoce y aprecia, pero que no fundan en medios rurales, conforme a las Constituciones que tenían entonces. Podemos decir que el Carisma, una vez más, evoluciona profundamente. Se amplían sus objetivos educacionales, se trata casi de una explosión: 10 escuelas rurales en tres años, sin olvidar el Pío Socorro, ¡que habrá que seguir manteniéndolo!

Pero el Carisma se profundiza, además, de una manera nueva. Porque, como hemos dicho, a los motivos humanitarios de acudir en ayuda de una juventud desfavorecida, se añade una preocupación propiamente pastoral. La escuela puede llegar a ser una prolongación durable de las misiones. Ella será el mejor medio de proseguir el movimiento de renovación espiritual aportado por las misiones. Es necesario fundar escuelas.

ETAPA VI

¿Podemos decir que el Carisma del Fundador ha llegado ya a la madurez, a la perfección?

Un carisma de fundación no es una realidad inmóvil, sino un **impulso dinámico**. Se ha comparado con un árbol en el que no dejan de brotar nuevas ramas. Esto significa que nuestro carisma –que nos mantiene fieles al Fundador– puede seguir enriqueciéndose, tal como se ha comprobado a lo largo de la historia bicentenaria del Instituto. Y eso mismo sigue sucediendo hoy en día, especialmente con la presencia y acción cada vez más importante de los seglares, que son, en efecto, testigos y actores de la nueva evolución de un Carisma que no sabemos exactamente hasta dónde podrá llevarnos.

Conocemos los jalones del regreso de seglares a las obras de los Hermanos. Buscados al principio para llenar los vacíos dejados por los Hermanos, pronto se convirtieron en auxiliares indispensables, después, en estrechos colaboradores, antes de llegar a ocupar los puestos más importantes de la estructura educativa. Se trata de un movimiento irreversible. Aun en el supuesto caso de que el número de Hermanos aumentase considerablemente, no volveríamos a la situación anterior.

Los seglares están llamados, sobre todo, a inspirarse en el carisma de los Hermanos, en cuanto Hermanos, es decir, a inspirarse en los elementos de su vida religiosa. Asimismo están llamados, a su manera, a contemplar a Jesús en la cruz con el corazón abierto, a participar de una actitud de compasión activa que les mueva, como a Andrés, a preguntarse: ¿qué puedo hacer yo? Están llamados a volver su mirada hacia los niños y jóvenes más desventurados para proporcionarles, en la medida de lo posible, medios que les preserven de todo peligro, que les formen para poder llegar a tener una vida digna, realizada, abierta, comprometida y orientada hacia Dios. Están llamados a buscar en sus relaciones profesionales, familiares y sociales, la solidaridad, el intercambio y la caridad.

Aunque, históricamente, la participación mayoritaria de seglares en las obras del Instituto obedece, por una parte, a la multiplicación de obras –y en consecuencia, a la necesidad de más educadores– y, por otra parte, al envejecimiento y escasez de Hermanos, es preciso tener presente que esta situación, no sólo no se opone al carisma del Fundador, sino que, al contrario, vuelve a sus intuiciones originales. El carisma de Andrés Coindre pertenece tanto a los seglares –a pesar de haber estado privados de él mucho tiempo por diversas circunstancias– como a los Hermanos. Y a los Hermanos corresponde devolver a los seglares el lugar que les pertenece, hacerles partícipes de la herencia que comparten con ellos. Es una herencia común. Por eso se oye actualmente, cada vez con mayor asiduidad, la expresión «familia carismática». Podríamos hablar de «la familia Coindre».

Las consecuencias de este cambio de perspectiva pueden ser importantes. En el futuro, podrían formarse grupos autónomos de seglares, asociados a los Hermanos, pero no bajo su férula. Podrían tener su propia Regla de vida y una carta que rigiera sus relaciones. ¿Llegará a suceder tal cosa a la posteridad de Andrés Coindre? Dios lo sabe. De todos modos, si llega a darse dicha eventualidad, debemos saber que «la identidad propia del Hermano queda(rá) profundamente afectada por la nueva participación de los seglares en el carisma». (A. Botana)

Está claro, no obstante, que la manera de vivir los seglares el Carisma no es exactamente la misma que en el caso de los Hermanos. Principalmente,



*Sesión de formación para hermanos y seglares
de América Latina y España, Brasil 2018*

debemos comprender bien, por ejemplo, que un(a) seglar casado/a y a cargo de una familia, tiene la obligación de considerar como prioritario el vínculo familiar. No es posible imaginar que el Carisma, para un seglar, se practique en detrimento de la vida de familia.

Por lo demás, podemos concebir varias formas de integrarse en la vía del carisma del Fundador. Consideraré tres diferentes posibilidades:

- Profesores y educadores que trabajan en una escuela o colegio de Hermanos (incluso si ya no quedan prácticamente Hermanos en ella), porque perciben intuitivamente un algo especial que les seduce: compasión, confianza, proximidad, preocupación por la justicia, etc. Aunque sean incrédulos o no-practicantes, quieren contribuir sinceramente a la promoción de los jóvenes, especialmente de los más necesitados; respetan la fe cristiana y favorecen la vida espiritual de sus alumnos.



Profesores de Estados Unidos visitan la Misión de Amatongas en Mozambique, como parte del Programa de Liderazgo Coindre.

- Otros que conciben su vida profesional como una misión de Iglesia, cultivan una vida interior que motiva sus actitudes y comportamientos. Asumen las responsabilidades que les proponen en la escuela y pretenden, conscientemente, ser promotores de una pedagogía del amor –como a veces se ha podido designar– a semejanza de los Hermanos.

- Y, finalmente, otros que quizá pueden sentirse llamados a vivir más intensamente aún el Carisma, que desean ser discípulos de Andrés Coindre en asociación con los Hermanos, rezando en ocasiones con ellos o en sintonía con ellos, profundizando su fe a través de la biblia y los escritos de los Fundadores, y estando atentos, a ejemplo de nuestro Padre Andrés, a los signos de los tiempos, cosas que les moverán hacia un compromiso de mayor alcance y cada vez más profundo. Este modo de compartir el Carisma existe ya en estado embrionario en algunos lugares.

Como podemos ver, hay espacio para todo el mundo: y todo el mundo es bienvenido.

Todo el mundo es bienvenido, es decir, no sólo los que trabajan directamente en alguna institución de los Hermanos, sino también los alumnos y sus familias.

6

ANDRÉS COINDRE, EDUCADOR

Nuestro Fundador no dejó ningún «tratado de educación», ni siquiera una breve lista de principios educativos propiamente dichos, pero podemos espigar algunas consignas realmente pedagógicas que se aprecian en sus escritos.

- El principio básico de su concepto de educación es la **confianza** en la persona, en el joven que debemos formar. Para él, todo joven es capaz de llegar a una vida digna, a condición de beneficiarse de un trato positivo y una ayuda adaptada. A propósito de los jóvenes detenidos en las cárceles de Lyon, a quienes muchos de sus contemporáneos consideraban irreformables y a quienes, por lo mismo, los centros de aprendizaje se negaban a admitir, el P. Coindre, en el Prospecto de 1818, dice: «Declarados culpables a una edad en la que son más ligeros de cascos que malos, más atolondrados que incorregibles, **era necesario no dudar de la posibilidad de su cambio**; había que rodearles de ayudas para formarlos en el bien...».

- Un segundo principio fundamental se refiere a la **proximidad**. Por eso, no es de extrañar que, ocupado y superocupado en las misiones, Andrés, en sus cartas al Hno. Borja, se refiera a algunos jóvenes del Pío Socorro *designándolos por su nombre*. Así lo vemos, por ejemplo, en las cartas 2, 3, 4, 10 y 11.

- En los «Apuntes de predicación», hay un buen número de páginas relacionadas con la educación. Se trata de esbozos de sermones o de conferencias dirigidas a los padres dándoles consejos sobre la relación con sus hijos. En algunos casos utiliza el temor como medio pedagógico: diríase que el predicador pretende asustar a ciertos padres indignos o inconscientes. Lo que hace, al fin y al cabo, es retomar pensamientos habitualmente expresados por predicadores y moralistas de aquella época. Pero, muy a menudo, podemos observar grandes principios pedagógicos que nos conviene revisar: Andrés revela en ellos su realismo y enorme sensatez. He aquí los principales, resumidos o citados textualmente:

- «El tesoro de una **buena educación** es la mayor **riqueza**.» (Ms 54, Archivos generales de los Hermanos del Sagrado Corazón, Roma).
- Es preciso procurar una **educación equilibrada**: ni dejadez, ni severidad excesiva, ni acritud, ni condescendencia, ni halagos, ni humillaciones.
- «Analicen sus inclinaciones; amóldense a su carácter...» (Ms 57).
- «**Huir del favoritismo** con unos en detrimento de otros a causa de las buenas cualidades físicas, mentales o morales» (Ms 58c).
- Mostrar una **autoridad firme**, pero llena de **mansedumbre** (Ms 60).
- **Hacerse querer** no por pura complacencia, sino para conseguir los objetivos de la educación: «¿Desean hacerse querer? Comiencen por quererse ustedes mismos. Tengan con sus hijos entrañas de bondad, dulzura, ternura (...) y habrán alcanzado el medio más poderoso para educarles bien...» (Ms 60).
- **Recurrir a razonar** con los niños: «Explíquenles a menudo los motivos que les mueven a mandarles lo que sea» (Ms 53).
- **Ocupar a los niños**: «No dejen que sus hijos permanezcan en una perniciosa ociosidad (...) Pero no les sobrecarguen exigiéndoles esfuerzos prematuros (...) Combinen sus pequeños trabajos con descansos y distracciones» (Ms 51).



- **Corregir a los niños** sin pasión, sin cólera; corregir, es decir, enderezar los comportamientos desviados, pero no castigar (= practicar una forma de venganza).
- «Eviten gritar y pegar, pues esa es una señal de que la educación es mala» (Ms 52a).
- «En casos de faltas leves, avisen a sus hijos con tono de bondad y dulzura. (...) Denles siempre la esperanza de que se corregirán de sus defectos» (Ms 53).
- «No intenten doblegar esa pequeña planta; ello daría lugar a dañarla o romperla» (Ms 52c).
- Formar a los niños en una **fe ilustrada**: «Enseñarles (...) a Jesucristo esperado en el Antiguo Testamento y reinante en el Nuevo: esto se consigue a partir de los hechos. A veces nos limitamos a unas pocas ideas confusas sobre Jesucristo, el Evangelio, la Iglesia y la necesidad de someterse a su autoridad infalible (...).
- Partiendo de hechos históricos, presentarles una religión bella, amable, augusta, en vez de presentarla triste y lánguida. Prevénganles contra la superstición: algunos padres apenas lo hacen» (Ms 62).

7

ÚLTIMOS MESES DE ANDRÉS COINDRE

En 1825, el obispo de Blois pide al Padre Coindre uno de sus subordinados para dirigir el seminario mayor, pero finalmente es el mismo P. Coindre quien se ofrece para el puesto y renuncia a su cargo de superior general de los Misioneros de Monistrol.

El obispo, Mons. de Sauzin, aceptó al P. Coindre con mucho agrado, nombrándole superior del seminario mayor, vicario general y canónigo honorario. A primeros de febrero ya está en Blois. Tan pronto como llega, se entrega a sus nuevas funciones con el ardor que le caracteriza, añade a esto la predicación de la cuaresma –en la que fascina a todos sus oyentes– escribe a los Misioneros de Monistrol (les envía unos Estatutos en diez largas páginas), escribe también a los Hermanos y Hermanas de Monistrol



***Blois, Hospital donde falleció el Padre
Coindre el 30 de mayo de 1826***

y de Lyon, a quienes envía las más hermosas cartas que haya escrito jamás, se pasa días, —y sobre todo, noches— preparando notas y redactando textos con el fin de refutar los ataques que se publican en periódicos y revistas anticlericales de la época contra la Religión y la Iglesia. Total, que en pocas semanas agota las fuerzas que le quedaban.

Las consecuencias no se hacen esperar. El 10 de mayo de 1826, cae en una profunda depresión que se convierte con rapidez en demencia. Tiene que guardar cama; dice palabras incongruentes. La noche del 29 al 30 de mayo, abre la ventana de la habitación y se precipita al vacío: muerte fulminante. Ha sido aniquilado en veinte días.

Podemos imaginar la enorme repercusión de esta muerte en el seminario mayor, en la ciudad, en la diócesis y en sus congregaciones. Consternación en todas partes. La desaparición repentina de semejante talento a la edad de 39 años —cuando decía ser «el hombre más feliz... en su centro y en

su elemento», pocas semanas más tarde de los brillantes sermones de cuaresma, tan sólo unos días después de escribir unas cartas admirables— produjo el efecto de un rayo. No era la edad lo que chocaba a la gente, pues la longevidad media en la Francia de 1826 era de unos 36 años (y menos aún para las clases más desfavorecidas), sino la rapidez e imprevisibilidad.

Parece ser que unos días antes había tenido la premonición de su muerte. Es más, el primer historiógrafo de las Hermanas de Jesús-María afirma que un día, en una conversación coloquial, le habían oído decir que había pedido a Dios la gracia de ‘morir en la humillación’. ¡Extraña petición!, y ¡extraña concesión!

Y PARA TERMINAR, ¿QUÉ MÁS DECIR SINO DAR GRACIAS A DIOS POR ESTE HOMBRE, EXCEPCIONAL EN HECHOS Y PALABRAS, Y TOMAR CONCIENCIA DE QUE NOS HA LEGADO UNA FABULOSA HERENCIA QUE DEBEMOS ACOGER, CONSERVAR, DESARROLLAR Y COMPARTIR?

PRINCIPALES FECHAS DE LA VIDA DE ANDRÉS COINDRE

- 1787 26 de febrero: Nace en Lyon, dos días después recibe el bautismo en la iglesia Saint-Nizier.
- 1804 Entra en el seminario menor Nuestra Señora de l'Argentière, a cincuenta kilómetros de Lyon.
- 1809 1º de noviembre: Entra en el seminario mayor Saint-Irénée de Lyon.
- 1812 14 de junio: Recibe la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Fesch en la catedral de Lyon.
- 1813 26 de julio: Es nombrado coadjutor de la parroquia Nuestra Señora de Bourg-en-Bresse.
- 1815 Noviembre: Es nombrado coadjutor de la parroquia Saint-Bruno de Lyon.
- 1816 Recoge a unas niñas abandonadas y les encuentra un alojamiento.
5 de agosto: Se hace miembro de la Sociedad de la Cruz de Jesús (sacerdotes misioneros).
- 1817 En la parroquia de San Bruno, funda, en julio, una providencia para chicos, y el 9 de septiembre, con la Pía Unión, una providencia para chicas.
- 1818 31 de julio: Funda con Claudine Thévenet las Religiosas de Jesús-María.
Traslada la Providencia de varones a locales de su propiedad y le da el nombre de Pío Socorro.

- 1821 30 de septiembre: Funda el Instituto de los Hermanos del Sagrado Corazón en el santuario de Nuestra Señora de Fourvière de Lyon.
- 1822 Agosto: Monseñor de Salamon le propone la fundación de una sociedad de misioneros para Le Puy-en-Velay.
- 1823 Abre su primera escuela, en Monistrol.
- 1824 14 de octubre: Preside la primera profesión de votos públicos de los Hermanos del Sagrado Corazón, fundación oficial del Instituto. Abre tres escuelas: Le Monastier, Saint-Symphorien-de-Lay y Pradelles.
- 1825 Abre otras cuatro escuelas: Montfaucon-en-Velay, Cailloux-sur-Fontaines, Neulise y Murat.
17 de noviembre: Es nombrado vicario general, superior del seminario mayor y canónigo honorario de la diócesis de Blois.
- 1826 10 de mayo: Cae enfermo.
30 de mayo: Hacia la una de la mañana, muere en Blois a la edad de 39 años y tres meses.



EL AUTOR: HNO. RENÉ SANCTORUM

El Hno. René Sanctorum nació en 1940 en el norte de Francia. Después de seguir la formación propia de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón, ejerce su actividad como profesor de francés y de latín en varios liceos católicos hasta el final de su actividad profesional, con excepción de algunos años como formador en el Postulantado y seis años como provincial de Francia.

Paralelamente, desde 1975, se interesa por la historia del Fundador y de los orígenes de la Congregación, actividad que irá cobrando cada vez más importancia en su agenda y le llevará a dedicarse a la formación permanente de los Hermanos y de los seglares a diversos niveles del Instituto.

ÍNDICE

Presentación	3
Publicaciones preparatorias del bicentenario	5
1. Contexto histórico	7
2. Primeros años y formación de Andrés	11
3. Andrés Coindre, misionero	13
4. Andrés Coindre, fundador	16
5. Carisma de Andrés Coindre	25
6. Andrés Coindre, educador	39
7. Últimos meses de Andrés Coindre	42
Principales fechas de la vida de Andrés Coindre	45
El autor: Hno. René Sanctorum	47



HERMANOS DEL SAGRADO CORAZÓN

CASA GENERAL
PIAZZA DEL SACRO CUORE, 3
00151 ROMA ITALIA

WEBCORJESU.ORG